

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA



*Capilla "Virgen"
Biblioteca Universitaria*

7



Dof

1

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1966

EL HUMORISMO: FILOSOFÍA EN PEQUEÑO

JOSÉ SALVADOR GUANDIQUE

TAL VEZ SE ASUSTE ALGÚN RETÓRICO al afirmar cuál nota distintiva del humorismo en relación con los géneros afines su tendencia *filosófica*. Quien busca "hacer reír" sin propósitos ulteriores nunca será un auténtico humorista. Este protagoniza un filósofo en pequeño.

Luis Alberto Sánchez superó el concepto rígido al calibrarlo lirismo contrahecho. Esa ampliación constituye miraje, no rasgo característico. El escritor festivo carece de sentido último. Atrae, alegra, divierte. Nunca profundiza, ni ahonda, ni "filosofa".

El desorden intencionado del humorista constituye refulgente faceta. A primera vista suena paradoja que lo antimetódico apoye un estilo, pero éste más aparente que real, representa un recurso, brinda un camino.

Hay cierta inclinación a querer gozar por lo menos incidentalmente de la rebeldía frente a los ordenamientos. Y el humorismo explota esa llama. Piruetea con las palabras y vuelve juego la terminología. Utiliza —pícaramente— los puntos suspensivos. Se burla de la preceptiva y viola reglas gramaticales. A ratos emerge trasmutante casi anárquico.

Ese desorden —tenso y prefabricado— entretiene o convence. Ilumina contornos en alucinante giro. Chisporrotea para persuadir o "corregir costumbres". Disimula y aproxima, entre ingenuo o despreocupado. Y en la entraña palpita *algo* —pensante, reflexivo— pugnando por salir a la superficie.

El humorista tiene un campo suyo, sui géneris. Hay distancia del Lazarillo de Tormes al Tartarín de Tarascon. Y no podrá forjarse dicha filosofía minúscula —a ratos extraordinariamente efectiva— en párrafos rotundos o largas tiradas.

Esto llevaría a la concatenación estilística o a los procedimientos técnicos, más importa sobre todo advertir a estos "filósofos" influyendo en zonas específicas. A momentos su finura disminuye extensión y alcance. No se trata de desatar tempestades sino de dirigir brisas. Por eso, caracteres y temperamentos

reaccionan divertidísimamente ante Chesterton o Bennet, por referirnos a los ultramarinos. Y para cada uno abundan partidarios o detractores.

Por sobre la subjetividad atribuida estéticamente al arte moderno, lo humorístico afina, centra y preocupa. Cada autor en tal rango ostenta su propia semántica al aire de singular terminología. Van y vienen los rubros entre fluir conceptual y expresión huidiza. Nervioso aparece Cami. Rítmicamente acelerado, más allá y más acá de semitonos, Soiza Reilly, en aquellos fantásticos reportajes de la bonaerense revista *Caras y Caretas*. Ondulante y ágil, Vital Aza. Y tantos otros en su eterno cambiar voces y acepciones. El humorista desarrolla un lenguaje especial.

Lo típico del género, sin embargo, radica en el fondo y no en la forma. En las diversas escuelas y tendencias juegan ambos conceptos bifrontalmente: el *fondo* ejemplifica algo inclasificable.

Se habrá notado cómo, en muchos escritores llamados "serios", cierto tono raro. Aunque no hagan humorismo de primera intención, inciden en ello de manera tangencial, episódica, por la agudeza comparativa, la temática planteada o el proceder de un personaje. *Eso* —indeciso y real— es el fondo.

La vida conlleva mucho de humorístico. Doloroso, hondo, hasta sangrante. Nunca hilaridad ingenua, chiste burdo o payasada vulgar, cuyos resortes encuentran teorías explicativas de Freud a Jung pasando por Woolf. Al contrario: intención, sutileza, contraste...

El *fondo* impregna las obras universales, según esos calumniados clásicos, leídos por muy pocos y citados a diestra y siniestra. Así la tragicomedia del Quijote sentida en carne viva, también por Sancho; palpita en Nietzsche pese a su arrebatado meditar; singulariza a Shakespeare, autor y actor; obsesiona a Shaw y borda los claro-oscuros dostoyevskyanos. Por eso los raros —siempre salta Rubén— albergan un burla burlando entrevisto, difuso, a veces negado.

Tenemos humoristas por vocación, incidencia o a su pesar. En tal tipología surgen casos y contrastes en pugna inacabable. Y los límites varían mientras crecen las obras y aumentan las citas bibliográficas. Veamos los detalles...

Los primeros se sientan a la mesa de trabajo decididos a la tarea. Tienen pose, oficio, rutina. Y lo demuestran con demasiada frecuencia. Son consagrados, técnicos, empeñosos. Los segundos pueden ocuparse de historia o filosofía, aun de matemática. Fluye bajo la propia tarea esa vena punzante como de incógnito. Canta el humorismo entre los resquicios del documento, la nota, el sistema, el teorema. Ahí el juglar le hace competencia al concurso sinfónico. En estos momentos el *fondo* parece perderse para regresar, a lomos, entre las arideces cinstíficas, la sabia monotonía erudita o el acerbo biblioteconómico. En los terceros, el *fondo* se venga de la forma, al viso de dos viejos y conocidos rivales. Ni uno ni otro quieren dar su brazo a torcer. Cubre el manto de lo

mesurado aquella inquietud brotada de muy dentro. En circunstancias extremas, la inspiración taladra el ropaje y, de repente, sentimos el *humor* arrasando a la inquisición metafísica o al trabajo sociológico.

En el humorismo cunde una tragedia: se siente, lucha, clama y sufre con igual o mayor intensidad pero nadie quiere ver lo adolorido bajo el sayo multicolor de la paradoja o el retruécano. Y tal filosofía minúscula pasa inadvertida, pues el lector común está a caza del ingenio superficial.

El humorista no es un señor dicharachero y ocurrente como muchos escritores más o menos festivos, meros recopiladores de anécdotas o chascarrillos. Al revés, no faltan ansiosos y vociferantes, implorando tierras prometidas sin tregua para el esparcimiento. Con tan visceral debatirse no reza la superficialidad ni la despreocupación, aunque sean éstas notorias. El humorismo arguyendo con método sería algo extraordinario cuando no ridículo. Debe hacerlo con disimulo —al desgaire— cubriéndolo todo bajo un matiz peculiar. Y hay exponentes que filosofan agónica y férreamente —ante la indiferencia de unos y la risa de otros.

Sería sugerente trabajar una psicología del pseudónimo humorístico, esa careta con la cual se atrae la mentalidad del lector, reviviendo en él cosas sub o inconscientes, casi muertas. La eufonía del substituto adoptado explica éxito y proyección. Si resulta bien escogido crea esa atmósfera propicia a una filosofía sutil —a ratos lacerante e incisiva— cuyos rasgos escapan a los desaprensivos.

El humorismo no es sólo prosa o poesía; aflora en pintura, teatro o cine. Shaw en su Prefacio a Santa Juana —y él mismo calificó su obra de crónica en forma dramática lanza dardos: "Siempre es difícil a los entendimientos superiores comprender la cólera que suscitan al poner de manifiesto las majaderías que corresponden a cada tonto..." Y esa vitriólica portada dice hasta dónde el humorista levanta tempestades y dirige conciencias. Alguna vez —en el *New York Times*— alegorizó Chaplin: "Hay algo saludable en la risa, en el reír de las cosas más trágicas de la vida y aun en la misma muerte... La risa es el tónico, el alivio, el fin de la pena. Es saludable, la cosa más saludable del mundo y da esperanza".

Desde luego rubricamos esa apología al lado de Bergson con su ensayo inimitable por apoderarnos de un oasis, inexpugnable a los apetitos, al jadear de las ambiciones. Porque el humorista sigue haciendo filosofía, a su modo, con esperanza o fe.

Hace poco vimos por enésima vez la película "Candilejas" en un cine de San Salvador, comprobando que el hombre del bigotito no hace de víctima pasiva sino como denodado impulsor, si bien levanta los hombros en aquel personalísimo gesto, aparentemente resignado. Los verdaderos humoristas —den-

tro y fuera del cine— no son seres distraídos y confusos, anhelosos de provocar la carcajada; en determinados trances se alzan en contra de las injusticias individuales o colectivas. Aquello del arte igual a juego implicó amabilidades siglo XIX.

Una labor humorística desborda los fines meramente recreativos. Lo medular de toda filosofía consiste en *definirse* ante las cosas —no mediante la conocida operación que reivindica Rickert después de años en descrédito— sino como actitud humana íntegra, definitiva. Y el auténtico humorista será un filósofo en pequeño y no decimos en grande por no suscitar mayores controversias.

Estamos viviendo un minuto signado por el existencialismo, vuelto preocupación psicológica en Kierkegaard, angustia esencial en Heidegger, obsesión inapagable a lo Unamuno, vendabal crítico en Sartre, más el de la Prostituta Respetuosa que el del Ser y la Nada... Atrás quedan fenomenología husserliana; formalismo a lo Marburgo o Baden; neotomistas de Maritain a Jollivet; axiólogos, sea Scheler o Hartmann; historicismo, de Dilthey a Meinecke. Ahora el aluvión de los poseídos barre con académicos y rebeldes, contraprobando lo afirmado por Azorín en su lúcida "Postdata": "el mundo moderno tiene miedo a la soledad".

A la vera de cumbres y a la rosa de los vientos se entrecruzan huracanes o fantasmas: estremecidos a lo Van Gogh, obsesos a lo Holderlin, suicidas a lo Zweig. Aquéllos y éstos tiemblan ante lo desconocido como Sócrates se autoaniquiló místicamente, no por las leyes atenienses sino en virtud del cosmos helénico.

En la misma trayectoria, Cendras epató a los burgueses y Malaroux —el militante no el ministro— desataba fronda a través de su condición humana, mientras Faulkner y Hemingway, con o sin premio Nobel, aparecen profetas desarmados como Maquiavelo calificó a Savonarola cuando desafió la ira papal.

Y los humoristas no pueden quedarse fuera, al fin hombres de su época. También ellos levantan pabellón y dicen mensaje. Nuevo padre de la Iglesia llamó Alfonso Reyes a Chesterton. Mark Twain también tuvo sus epítetos y Kipling nos dice que alguno de sus porcentajes era de perversidad mercantilizada. Por norte y sur afloran testimonios agudos, penetrantes, a kilómetros de la prosa regocijada o procaz.

Todavía algunos niegan al humorismo su noble jerarquía. Sin adentrarnos en clasificaciones ni distingos lo localizan entre las ramas que el clasicismo estético llama "impuras" al lado de la crítica y la caricatura. Para nosotros merece figurar al nivel de las artes puras, pero Toño Salazar —y nos acaba

de brindar un brillante comentario sobre la Electra de Eurípides en versión fílmica, *El Diario de Hoy*, 4 agosto 1963— tiene la palabra. Con nuestro artista creemos "que el temblor del twist ni el rumiar del chicle no son la gracia de la vida".

Y —desde sus rumbos— T. P. Mechín y el negro Lagos nos guiñan el ojo, esperando...